

ESPAÑA Y AMÉRICA

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.

Madrid, 24 de Enero de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.

Núm. 4.º

CRÓNICA

El Manzanares, ese arroyo aprendiz de río, como lo nombró un madrileño ilustre, se ha salido de madre, y aun de toda la familia, según la aguda frase que tanto hace reír en la zarzuela *Los Sobrinos del Capitán Grant*; pero esa travesura del *leno riachuelo* no ha ocasionado desgracias de mayor cuantía, pues á evitar esto se aprestaron, por orden de la autoridad municipal y provincial—y hasta nacional,—funcionarios públicos provistos de los aparatos é instrumentos convenientes.

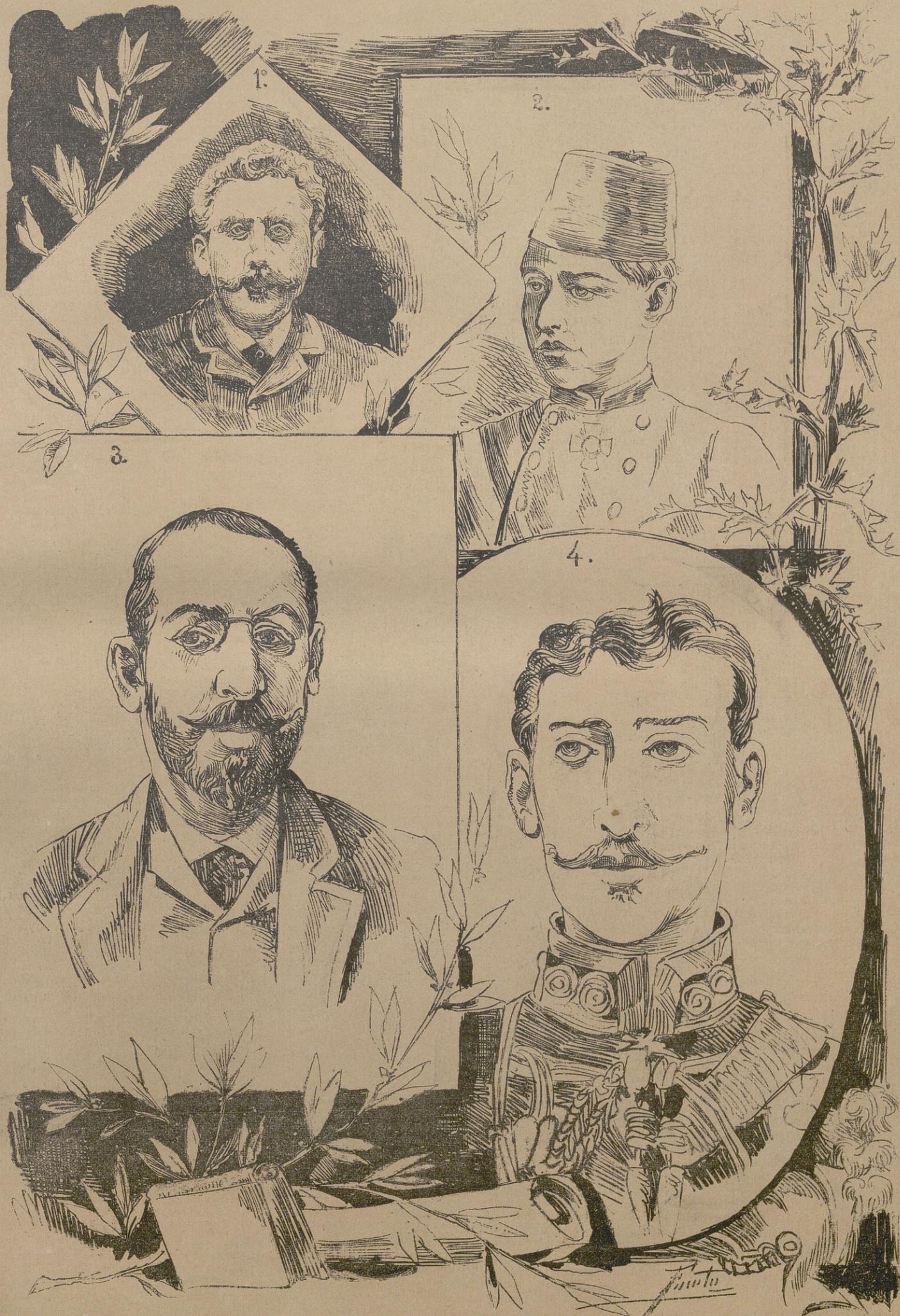
¡Ojalá hubiesen podido remediar igualmente otros contratiempos, cuyas consecuencias son más desastrosas para los vecinos de Madrid, y sobre todo para los vecinos pobres, que los desbordamientos del Manzanares!

«¡De Madrid al cielo!» decían, en tiempos que ya han pasado á la historia y que no llevan trazas de volver, los que lograban la fortuna de residir algunas veces en esta villa coronada; si los que eso decían resucitasen ahora y se hallasen en el Madrid *fin de siglo* que nos ha tocado en suerte, volverían á morir se renegando de una población en que el agua es sucia y el pan es caro.

**

¡Y si fuera esto solo! Agua que no es agua, sino barro líquido; vino que no es vino; leche que no es leche; libras de pan que no son libras....; de todo eso, há mucho tiempo ya, que disfrutaban los pacíficos habitantes de la villa del oso; pero los goces que se han añadido posteriormente, las delicias agregadas á última hora: como el lodo en las calles, la carestía en las casas, los *atracos* en los paseos, la mendicidad en todas partes, hacen que la vida en Madrid sea literalmente imposible para las personas que no son realmente ricas ó verdaderamente pobres. En la capital de España no puede vivir la clase media: para subsistir en Madrid hay que ser potentado ó mendigo; y siguiendo las cosas como van, dentro de poco habrá que ser precisamente potentado, y dentro de otro poco... ni aun eso.

No sé si las influencias perniciosas del *trancazo* llegarán hasta las asambleas políticas; pero la verdad es que hace ya algunos días se advierte en



GUY DE MAUPASSANT

ABBAS BEY

LUIS ALFONSO

DUQUE DE CLARENCE

† el 18 del actual.

† el 14 del actual.



las Cámaras de los Diputados ciertas tendencias belicosas muy significativas.

En Portugal, algunos Diputados han creído cumplir con su deber, lanzando contra tal Ministro ó cual funcionario la palabra *ladrón*; así, con esa suavidad; en Francia, un Ministro (Mr. Constans) ha abofeteado á Mr. Laur, representante del pueblo (ó si se quiere, diputado), y después de haberle abofeteado, como *El Imparcial* dice, «de un modo fuerte y sonoro», «le dió un puntapié un poco más abajo de la espalda y entre los faldones de la levita».

Es necesario reconocer y confesar que nosotros, con nuestro carácter levantisco y nuestra sangre meridional y nuestros resabios de indisciplina, tomamos más en serio estas cosas de las asambleas deliberantes. Muy rara vez ocurren tumultos en nuestros Cuerpos Colegisladores, y si ocurren en alguna ocasión, no resisten nunca las proporciones de escándalos de plazuela. Cuando Silvela dice á Romero Robledo palabras como aquéllas: «Como su señoría ha hecho lo que nadie ha hecho, tiene que oír ahora lo que nadie ha oído», ó cuando—como hace muy pocos días—dice el mismo Sr. Silvela lo de haber prestado un servicio *gratis*; cuando Sagasta dice al Duque de Tetuán que este señor ha sido apóstata, y cuando el Ministro, con más ó menos oportunidad, recuerda hechos acaecidos, veintiséis años há, en el cuartel de San Gil, los aficionados á emociones consideran que han saboreado las más hondas con que es posible contar en las lides parlamentarias, y salen del Congreso afirmando, bajo su palabra, que la sesión ha sido deliciosa y que los representantes del país se han dicho cosas muy duras; eso de que un Diputado llame ladrón á un Ministro; eso de que un Ministro pegue dos bofetás y un *puntapié*, de añadidura, á un Diputado, no lo hemos visto en nuestras Cortes, ni es de presumir que lo veamos; porque eso sí, nosotros seremos muy pobres, como efectivamente lo somos; pero somos también muy formalitos, y en nuestras reuniones nos conducimos con mucha corrección y gran comedimiento. Eso de insultar á las autoridades con las palabras más feas del Diccionario, y hasta con muchas que no están en el Diccionario, lo guardamos para nuestras Plazas de Toros.

Muchas han sido las personas ilustres que en el transcurso de los últimos siete días han bajado al sepulcro: el nieto de la Reina Victoria, el Cardenal... el banquero... ¿á qué enumerarlos? Los diarios políticos han dado con oportunidad y circunstanciadamente noticias del curso de esas dolencias y del funesto desenlace que han tenido; yo, que sin ser hipócrita, no podría manifestar hondo sentimiento por la muerte de personas á quienes ni de vista he conocido, solamente lloro de veras la pérdida de un amigo queridísimo y bueno, el discreto y elegante escritor Luis Alfonso, redactor de *La Epoca*, crítico de artes muy inteligente y de gusto delicado y literato de gran cultura y de sensibilidad exquisita. Há tiempo que su enfermedad le tenía forzosa-mente alejado de sus tareas periodísticas, pero muy pocos días antes de morir encantaba su conversación, amena como pocas. Descansen en paz el amigo querido, el compañero estimado, el escritor laborioso!

*
**

Séame lícito, para no terminar estas líneas con palabras de amargura, enviar un aplauso sincero á Joaquín Dicenta, autor dramático de grandes esperanzas (que han empezado á ser realidades), por la publicación de su hermoso libro titulado *Tinta negra*; un tomo de cerca de 300 páginas, ilustrado con primorosos dibujos de Muñoz Lucena y de Pons.

No puedo aquí, y aunque pudiera no sabría, analizar los trabajos que Joaquín Dicenta ha coleccionado en ese tomo: como lector puedo decir y digo de ellos que me han conmovido; porque Dicenta es poeta dramático, hasta en sus trabajos periodísticos y poeta dramático de los que conmueven, haciendo al propio tiempo reflexionar. Consigue este resultado casi siempre sin pretenderlo, y esto es precisamente uno de los principales méritos de su libro.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

CENTENARIO DE COLÓN

LAS CONFERENCIAS DEL ATENEO

En unas fiestas dedicadas á celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América,

acontecimiento memorable, quizá el más glorioso de la historia humana, el Ateneo de Madrid no podía permanecer indiferente é inactivo, siendo, como es, un centro de cultura á donde asisten las personalidades más celebradas de España, así en las ciencias como en las artes.

Al efecto, ha convocado en su cátedra á aquellos hombres que por su erudición é inteligencia pudieran contribuir con su palabra al esclarecimiento é ilustración de ese hecho trascendental, considerándole desde todos sus puntos de vista: histórico, crítico, religioso, filosófico, étnico, comercial, filológico, jurídico y tantos otros que fuera ocioso enumerar.

La primera conferencia inaugural de este curso, la dió en el Ateneo el sabio arqueólogo D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, individuo de la Real Academia de la Historia, y persona competentísima en cuantos trabajos se relacionan con América.

Los restos de Colón era el tema elegido por el conferenciante, quien en un elocuente y razonado discurso demostró que los restos mortales del intrépido descubridor de América permanecieron en Valladolid, donde murió, hasta el año de 1536 en que fueron trasladados á la isla de Santo Domingo.

En 1795 la isla de Santo Domingo hizo donación de tan gloriosas cenizas á la isla de Cuba, donde se depositaron en la Catedral de la Habana.

Según el Sr. Rada y Delgado, en este último lugar descansan todavía, sin que quepa duda alguna de su autenticidad, garantizada seriamente por los documentos dejados y las precauciones tomadas, no sólo por el Cabildo de aquella iglesia, sino también por el general Aristizábal, que mandaba la isla por aquel entonces.

En la segunda parte de su discurso, combatió el Sr. Rada con argumentación irrefutable las pretensiones del P. Cocqui, de la isla de Santo Domingo, el que en la bóveda de un templo encontró una caja de plomo en cuya tapa se leía la siguiente inscripción: D. DE LA A. PR. A. (descubridor de la América, primer almirante); y dentro de la urna un esqueleto casi completo, y otras leyendas referentes á Cristóbal Colón; pero los caracteres modernos, por mejor decir novísimos, en que están trazadas estas inscripciones, ha venido á echar por tierra ese castillo de naipes fabricado en el viento por el R. P. Cocqui.

Como tan admirablemente dijo el Sr. Rada, los restos de Colón se hallan por fortuna en tierra española, á la sombra de aquella misma bandera que cubrió de gloria, durante su vida, con el hecho gigantesco del descubrimiento de América.

El Sr. Pérez de Guzmán, que con su talento y laboriosidad se ha conquistado uno de los primeros puestos en la prensa española, y que en las investigaciones artísticas y literarias ha demostrado siempre cuán vasta y profunda es su erudición en esta clase de estudios, disertó á su vez sobre punto tan árduo y difícil como es el de *Los retratos de Colón*.

Con incomparable amenidad é ingenio hizo un largo catálogo de los retratos que se dice ser de Colón, existentes en los Museos de Europa y en colecciones particulares.

Con sumo acierto indicó el Sr. Pérez de Guzmán las bases de la crítica para apreciar la autenticidad de dichos cuadros, cuyos autores vivieron en época muy posterior á Colón.

Mencionó muchos y garrafales anacronismos de indumentaria que ofrecen los mencionados retratos, y, como prueba de la ligereza con que se aprecia esta clase de asuntos, hizo observar que en la misma Sociedad Colombina existe un pseudo retrato del inmortal genovés con «bigote y perilla, regalado por el rey Luis Felipe.»

En concepto del orador, hay fundados y serios motivos para afirmar que el verdadero retrato de Cristóbal Colón es el que existe en nuestra Biblioteca Nacional (el cual publicó *ESPAÑA Y AMÉRICA* en su primer número), por corresponder con exactitud todos sus rasgos con los que de aquel dan los escritores, sus contemporáneos, y hasta el mismo D. Fernando Colón, su hijo y biógrafo.

Tal fué, en síntesis, la sustanciosa oración que el Sr. Pérez de Guzmán pronunció en el Ateneo, y que, como la del Sr. Rada y Delgado, mereció los aplausos del público y los justos elogios de la prensa.

El eximio literato y popular escritor D. Luis Vidart, ha dado también una notable conferencia sobre *Colón y Bobadilla*.

Con agudo ingenio, y en ocasiones con finísima sátira, propúsose el Sr. Vidart rehabilitar la memoria del que, desde América, trajo á España, preso y cargado de cadenas, al descubridor del Nuevo Mundo.

La empresa no es nueva; contemporáneos de Bobadilla ensalzan á éste como espejo de caballeros y hombre de grandes virtudes públicas y privadas; varón recto, íntegro, justiciero, celoso administrador y gobernador intachable.

El Sr. Vidart se ha apoyado, para emitir su juicio, en las crónicas que de aquellos sucesos escribieron el P. Bartolomé de las Casas y el capitán Gómez de Oviedo.

Según dichos cronistas, las noticias llegadas á los Reyes Católicos acerca de la gobernación de la Española eran de tal calibre, que decidieron á aquellos monarcas á mandar á ella al comendador Bobadilla, antiguo criado de los reyes, á guisa de aquellos comisarios que la Convención francesa enviaba á los ejércitos, con objeto de residenciar al navegante genovés, quedándose con el gobierno de la isla. No debieron ser santas ni buenas las impresiones que recibiera, y de tal manera debió justificar los cargos terribles de déspota, desleal, concusionario, inhumano, desorganizador é inepto, y hasta de desacatador de las buenas costumbres y de la honestidad, que se habían hecho por los gobernados al gobernador, cuando, cosa desconocida hasta hoy mismo en nuestra patria con los infinitos gobernadores que disfrutamos! cargado de cadenas y con centinelas de vista, fué conducido á España, donde los Reyes Católicos, algo más políticos que administradores en aquella ocasión, llamaron á sí al navegante para justificarse, y calificando de *descortesía* la determinación del comendador Bobadilla, dieron nuevas escuadras al célebre navegante, restringiendo algo los privilegios del pacto de Santa Fe, como se vió en las siguientes navegaciones del almirante del mar Océano, al que Nicolás de Obando, gobernador de la misma isla Española, prohibía hasta reparar desperfectos de las naves en los puertos descubiertos por Colón y puestos entonces bajo el Gobierno de Obando.

El Sr. Vidart ha sido muy celebrado por su originalidad; pues en esta como en todas las cuestiones que trata su privilegiada inteligencia, ha puesto, á lo ya conocido, mucho bueno y de gran mérito de su propia cosecha.

Sobre *La Rábida* se ocupó el Sr. Becerro de Bengoa, señalando su importancia como punto del comercio con el Oriente treinta siglos antes de la época de Colón; detalló la instalación franciscana en el Monasterio en tiempo de la reconquista, y los trabajos literarios é históricos sobre *La Rábida*, hechos por Navarrete, Froing, Santa María, R. P. Coll y D. José Amador de los Ríos.

En las conferencias sucesivas, de las cuales informaremos á nuestros lectores, habrán de tratarse otros temas no menos importantes que los expuestos, y por los cuales merecen mil plácemes sus autores, y la junta del Ateneo científico, artístico y literario de esta corte.

MALATESTÁ

EL ARPA DE PIEDRA

Á mi distinguida amiga la Sra. D.^a Angeles Feduchy de Ruiz.

CUENTO

Hemos convenido en reconocer, llevados de un provechoso sentido práctico, que la poesía es una enfermedad, también la perla lo es; preciosa y de suave y tornasolada blancura, condensa en sí misma la nitidez y los visos rosáceos de la aurora.

Soy de los que aman y sueñan, confieso mis pecados; soy además de los que creen que, tanto vale le ingenuidad como la más artificiosa retórica, para ganar la buena voluntad del lector; de ese lector que por ilusión mía, me figuro que ha de ser y ha de verse complaciente y complacido, y ha de odiar las vulgaridades que, bajo un pretencioso comedimiento reflexivo, pasan en este arte que hoy se usa, como protestas contra lo espontáneo, lo fervoroso, iluminado y ardiente de las naturalezas artísticas.

Me produce crispaciones de nervios ó abatimiento de ánimo, ese nuevo arte del pormenor y de la trivialidad, expuestos en un lenguaje, misero más que castizo, remordido por incisos pesados y explicatorios; arte que elige, como para alambique, la rutina, y que, dando por resultados la sucesión numérica de un inventario, se intitula pomposamente análisis y experimentación.

Soy, en fin, amigo de entregarme en la soledad á la embriaguez de mi alegría; me place correr por campos que se vean libres de linderos y cotos, y así gusto de pensar á mis anchas, con mi endeble ó robusto discurso, en cosas imaginadas.

Por esto me aficioné á contemplar las ruinas de lo que fueron castillos ó alcázares de mis pasadas ilusiones ó memorias, y tengo una distinguida rareza que, como rica prenda, guardo con miedo de avaro..... la de ver en el bien moral bellezas que, ora contemplativo y mudo, ya literario y parlero, admiro con asombro; y, al reir de contento los ojos, suspiro tristemente, ó bien, cuando ellos se humedecen con las lágrimas, mi boca ríe de gozo; y así se confunden la alegría y la tristeza en una propia emoción, que aprecio en más que un placer desatinado ó un llorar sin consuelo.

No sé si vendrá bien lo dicho, al propósito que tengo de suplicarte atiendas á este escrito que encomiendo á tu bondad, y le tomes como una historia ideada ó una idea historiada, y, así Dios me valga, que no sabré explicarme de mejor manera.





Silvio Fernández Tomassi

ESTUDIO DE CABEZAS



Enrique Esteban lo pintó.

FANTASÍA MORISCA, Ó LA FIESTA DE LA PÓLVORA

I

Existe, como sabéis, en la ciudad de Segovia un tan asombroso Acueducto, que es portento admirado durante muchos siglos, y que celebran los extranjeros y los naturales, así como los ignorantes y los entendidos. ¡Con qué grandeza, y al propio tiempo, con qué gracia se alzan los arcos inferiores, sustentando sobre ellos otros, y eslabonados todos tan armónicamente, que, en aquella similitud de las partes, se goza de lo magnífico del conjunto, sintiéndose el ánimo en tranquila contemplación, ante la sencilla majestad de una obra de colosos, formada de peñascos justapuestos sin prendidos de hierro ó ligación de argamasa, sino como hacen los niños sus torres de piedrecitas, temblando de verlas desequilibrarse y caer.

Siendo, como son, toscos los grises peñascos, el Acueducto se dibuja sobre el fondo del cielo con una delicadeza que maravilla; aquella obra titánica tiene la finura de un bordado; sus perfiles son de líneas puras y proporcionadas al juego con que se combinan; es una arquitectura tan linda como un calado, se tiende á considerable longitud y alcanza una altura monumental, para luego reducirse degradadamente, desde los arcos que pudieran servir como pórtico al palacio de un gigante, hasta los que valdrían para entrada en el escondrijo de un enano.

En la combinación de las dos series de arcos superpuestos, parecen los postes que los soportan como varillaje de un arpa enorme; pues bien, de aquella masa de piedras escapan deliciosas armonías, y, por entre los arcos y los postes, se ven los contornos de la nevada sierra, el azul del cielo; y en las noches serenas la negra y geométrica silueta sirve de marco á porciones del espacio, polvoreadas de brillantes estrellas.

De un lado del Acueducto está la plazuela del Azoguejo famoso, y del otro, un grupo de casitas, ó mejor dicho, por lo seculares y miserables, casucas, que es más cómica denominación. Existen allí desde el siglo XVI, y por sus paredes desnudas de todo revestimiento, se ven los maderos del armazón y tienen por remate solanas ó galerías llamadas secaderos, porque en ellas se ponía á secar la lana ya lavada y dispuesta para los telares segovianos. Una de tales casas me recordó aquella en que, según Ruiz de Alarcón, vivía la prometida del rudo tejedor de Segovia, tipo noble y rebelde por la libertad del amor y la grandeza de la honra.

Sí, esto era la casita de Teresa, una de las pobres casucas de los antiguos pelaires, tundidores, zurradores ó cardadores. Tenía un tejadillo saliente, un tamborete al aire, una puerta desventajada y tres ventanas, á una de las cuales hacía donaire y prestaba su belleza una nudosa y retorcida parra, que cuando se vestía de nueva hoja era un primoroso adorno.

Contrastaba la casita aquella, tan menuda, tan feucha y con su gracia de vieja emperifollada, con el soberbio Acueducto. Pasa uno en las grandes ciudades tantos y tantos días sin acudir á admirar una salida de sol, sin oír el rumoroso ruido de las florestas, ni la algarabía y alboroto de los pájaros, que sólo por aquella parruela, cubriendo con sus hojas la ventana de la casa, hallé gozo en mirarla..... Siempre es bueno rejuvenecer el ánimo con el recuerdo de esos días de dicha, durante los cuales se hartan de ver el rojo luciente ó el azul del cielo, los deslumbramientos que produce el sol, los centelleos que refleja el agua y el puntante colorido de las flores..... los ojos maravillados.

¡Oh! qué graciosa casita aquella y con qué dulce tristeza la vuelvo á ver en mi memoria; bien puedo, sin riesgo alguno, entregarme al gusto de recordar aquellos mis deleites y mis delicadezas de niño, aquellos tiernos goces de viajador sensible, cuando aún no tenía yo diez y ocho años; no dejaba de soñar despierto; los aspectos de las cosas me impresionaban de tal modo y como si hubiese en los detalles que á mis ojos aparecían rasgos movibles de clara significación, tan inteligente y expresiva cual las reveladas por las vibrátiles facciones de la fisonomía humana.

Parado cerca de la casa estaba yo un día, y muy de mañana, cuando en la lira del cielo se habían sucedido las tres notas de la luz: la claridad del alba, el fulgor de la aurora y los destellos del sol; la primavera producía en todas partes hermosura, y estático ante el Acueducto, permanecía mudo de asombro..... cuando de la pobre casita salió el canto dulce de una voz de mujer, voz, á la verdad, bien fresca y gallarda, por su entonación segura, su limpidez y sus giros graciosos, y, al propio tiempo, de los arcos más elevados del Acueducto salían en confusión ruidosa los píos y los trinos y regorjeos de millares de pájaros oculados en las grietas de las piedras de aquella grandiosa mole, ó revolando por uno y otro lado, bajo los arcos ó sobre la altura, ó describiendo espirales por todos los soportes de los arcos al entrar por un arco y huir por otro á la parte opuesta, tal que parecía que no sólo se oían las notas, sino que así se hacían visibles y escapaban de los toscos fustes del Acueducto como de las cuerdas de un arpa.

No sé por qué extraña ilusión me pareció que, á este bullicio sonoro de los pajarillos, concerta-

ba la voz cantante sus delicadas modulaciones; y, por tanto, del modo que el gorjear de los pájaros era desordenado y selvático y propio recuerdo de la naturaleza, sin arte estudiado ni medida apreciable, la voz tenía en pujanza y libertad esa gracia de las canciones del pueblo, poeta que no se ha perdido en efectos de artificio, era el canto de aquella mujer la explosión de una alegría espontánea y de un alma enajenada en la dicha de vivir.

A mis ojos, el venerable Acueducto, imponente como las grandes pirámides de Egipto, no aparecía como el misterioso libro de piedra en que estudiar las grandezas de la edad antigua; tomaba, por sus curvas y rectilíneos fundamentos, mayor esbeltez y gallardía, parecíame más aéreo y bello por el concierto pianísimo de aquellos píos como notas de alborozo, dulce y suave; se desprendía de aquella vetustez de cárdenas piedras una sonoridad fantástica.

Era la enorme arpa de piedra; hubiera podido decirse que por entre los pilares y bajo los arcos había cuerdas de una delgadez tal, que las hacía invisibles.

El sol doró, prestando á la vez á la piedra un tono caliente, doró con sus rayos el monumental Acueducto, y seguía la voz su cántico, cuando yo descubrí la casita y á la mujer que en ella trabajaba y cantaba.

Allá, al otro extremo, se veía un camino y laderas enverdecidas ó rojizas, los grandes árboles blandamente movidos en vaivén muy difícil de notar si no se miraba atentamente á lo más alto de sus tramos, la gran cadena de montes de la Sierra, festoneados aún por las nieves y refractando los rayos del sol, y se aspiraba un frescor grato en el ambiente oloroso; por todas partes se podía admirar lozanía en las plantas, que hasta los hierbajos de las grietas del Acueducto estaban moteados de flores amarillas, encarnadas y azules.

J. ZAHONERO.

(Concluirá.)

POETAS DE PUERTO RICO

Siendo uno de los principales objetos de esta ILUSTRACIÓN acrecentar las relaciones amistosas de España y América, estrechando más y más los lazos de parentesco que las unen, creemos deber nuestro contribuir á popularizar en la Península española las obras y los nombres de los ilustres hijos de América, donde tantos y tan excelentes poetas, literatos, sabios, historiadores y hombres de ciencia existen.

Comenzamos hoy nuestra patriótica tarea insertando á continuación una valiente y preciosa poesía del Sr. Muñoz Rivera, poeta puertorriqueño, cuyas estrofas y viril inspiración son dignas del estro de Quintana y Núñez de Arce.

Nos complacemos muy mucho en dar á conocer en estas columnas á escritor de tanto mérito, cuyas obras, próximas á publicarse en París, le han de hacer en España tan famoso y celebrado como ya lo es en su país natal.

NULLA EST REDEMPTIO

Noble y altivo, generoso y bravo;
robusto y fuerte, de entusiasmo lleno;
dueño del mundo y del deber esclavo;
alma fogosa, corazón sereno;
brazo nervudo, voluntad entera;
la fe por guía, la razón por freno,
la libertad por única bandera;
sin la cobarde sumisión del paria
ni el sanguinario instinto de la fiera:
así en mis sueños de ambición precaria
quise en mi patria contemplar un día,
no la turba rebelde y tumultuaria
que en algarada inútil se extravía,
sino el pueblo viril, heróico y fuerte,
que sin vanos alardes desafia
el recio golpe de contraria suerte,
y mostrar puede al invasor triunfante
el desprecio sublime de la muerte.
Ilusión fué que acarició un instante
la febril ansiedad de mi deseo:
¡ay, al crujir el látigo insultante
no se irguió con impulso giganteo,
y ni aun supo imitar sobre su roca
la fiera convulsión de Prometeo!

En vano la injusticia le provoca;
humilde y manso, en las hinchadas venas
el ardimiento tropical sofoca,
y besa con cariño sus cadenas
y endulza al brusco son de sus cantares
el dejo amargo de sus hondas penas,
en tanto que se enlutan nuestros lares,
y el rojo sol que por Oriente asoma,
astro es que anuncia duelos y pesares.
¡Oh! sin llegar al esplendor de Roma
sufrimos vergonzosa decadencia,
y nuestra fe vacila y se desploma.
Este sopor que invade la conciencia,
esta suprema indecisión helada,
este olvido del arte y de la ciencia,
este miedo á la pólvora y la espada,
diciendo están que en el naufragio triste,
una idea, una sola, sobrenada.
Pompas y galas deslumbrantes viste,

de áureo metal y de crujiente raso;
nada á su influjo constrictor resiste.

Es la idea del éxito; á su paso
inclinan todos la marcha frente;
siguen tras ella con rubor escaso,
y marchan á merced de la corriente
llevando cada cual bien escondido,
lo que cree, lo que piensa, lo que siente,
y ocultando lo que es y lo que ha sido,
como la verde y sosegada fronda
oculta de las víboras el nido.

¡Qué desventura irremediable y honda!
A la voz del honor y del decoro,
¿no habrá conciencia honrada que responda?
¿Ha muerto el ideal? La sed del oro,
la fiebre del poder, la ruin envidia,
de la ambición el vocer sonoro,
el vil recelo, la traidora insidia,
el torpe afán de lucro y de privanza,
¿han de vencer en la infucunda lidia?
¡Quién sabe! En la sombría lontananza
aun el iris radiante no fulgura;
la ola de cieno formidable avanza,
y presa el alma de letal pavura
teme que nunca encontrará salida
á ese erial de vergüenza y amargura.

¡Ah, mi dulce ilusión desvanecida!
¿dónde podré llenar, cuando perezco,
el vacío que dejas en mi vida?
¡Te acaricié con ansia tantas veces!
¿diste á mi lira vibración tan grave
y á mi canto tan rudas altiveces,
que enmudezco al perderte como el ave
que, roto el árbol donde está su nido,
cantar no puede y sollozar no sabe!

En esta roca tropical nacido,
jamás pensé que el infeliz colono
su propia dignidad diese al olvido.

Sufrir de algún gerarca el duro encono,
llevar á los altares su primicia
y sus tributos á los pies de un trono,
sentir que su fortuna se desquicia,
que hasta el rústico albergue campesino
tienden su zarpa el dolo y la codicia,
es del ilota el mísero destino;
él soporta la inmensa pesadumbre,
y recorre, indolente, su camino.

¡Sumisa y desdichada muchedumbre
que en servil ignorancia vive y muere;
por voluntad, por miedo, por costumbre,
se prosterna ante el brazo que la hierre!
Pueblo que el triunfo á la humildad confía,
ni libre ser ni respetado espere.

No era ese el pueblo que soñó algún día
en su anhelar irreflexivo y ciego
mi arrebatada y loca fantasía;

era un pueblo viril, de alma de fuego,
con el valor tenaz del espartano
y la altivez indómita del griego;
un pueblo inteligente y soberano,
que rechazaba, enérgico y activo,
el rudo azote con resuelta mano.

¿Cómo hallar el potente reactivo
que restituya á nuestra sangre helada
la antigua fuerza y el calor nativo,
si sólo encuentra, absorta, la mirada,
en esta tierra que sus males llora,
el vacío absoluto de la nada?

¡No hay redención! la anemia nos devora,
la inacción nos enerva y nos abate,
la fiebre nuestros pómulos colora,
y del derecho, en el marcial combate,
la mente duda, el pulso no palpita,
el labio calla, el corazón no late.

¡Qué horrible despertar! Tras la infinita
extensión de ese mar que airado ruga,
y, al contemplarnos, su oleaje irrita,
cien y cien pueblos, con soberbio empuje,
avanzan sin cesar, mientras el mundo
sobre sus ejes, trepidante cruge.

Es del progreso el hábito feudo
que á la gigante humanidad caldea,
es de la ciencia el meditar profundo,
es el poder divino de la idea,
á cuyo esfuerzo, en brusca sacudida,
tiembla el altar y el trono bambolea.

Mientras aquí, con calma suicida,
se entrega Borinquen á su amargura,
paria que al fin su servidumbre olvida.

Y así se agosta, virgen sin ventura,
lejos, muy lejos del concierto humano,
como una mancha estéril de verdura
perdida en la mitad del Océano.

LUIS MUÑOZ RIVERA.

¡CAZADORES..... AR!

Respeto las debilidades del prójimo, para que tolere las mías.

He conocido á un individuo tan raro, que se desayunaba todos los días con una docena de huevos pasados por agua.

Díran ustedes que dónde está la rareza.

En que se comía las cáscaras.

Otro señor tenía la costumbre de entrar en su casa todas las noches por un balcón, como ejercicio gimnástico, y para sorprender en cualquier infidelidad á su esposa, si ella hubiera sido capaz de cometerla.



FOTOGRAFIA DE J. LAURENT Y C.^o—MADRID.

MADRID. — VISTA INSTANTÁNEA DE LA PUERTA DEL SOL

Pero una pareja del orden le detuvo una noche y le condujo a la prevención preventivamente, y gracias á que pudo atestiguar la «honradez» de sus asaltos.

Siempre vivió con la sospecha de que en aquella noche hubiera encontrado caza.

Parece que lo mismo sospechaba el portero de la casa.

Cada hombre tiene sus rarezas y sus aficiones.

Así como los hay aficionados al arte culinario y á las labores caseras, que guisan una perdiz mejor que pudiera hacerlo una cocinera vizcaína, y planchan una camisa y hacen *crochet* en sus ratos de ocio, así hay mujeres varoniles que manejan las armas como las letras, con ensañamiento, y lo mismo matan á un conejo que á un Director general, y se beben unas limpias y abusan de sus fuerzas físicas, iguales que hombres de «pelos en pecho».

No se ha extendido mucho en España, pero hay algunas cazadoras.

Entiéndase, con escopeta.

Para un cazador de bien y solo, es un peligro muy grave el tropiezo con una cazadora.

La soledad, el silencio, el calor, la naturaleza exuberante de luz y de alegría, todo excita á las manifestaciones de la fraternidad, íntimas, campestres, que diría un poeta de obras de afuera.

Así se ha escrito tanto sobre la caza y los cazadores.

Y, sin embargo, siempre queda algo por decir. Lo mismo que respecto al matrimonio.

Siempre hay algo nuevo: los cónyuges, cuando menos.

Y que el ejercicio de la caza «con mujeres», varía en mucho el ejercicio.

El hombre nace cazador.

Desde la mujer á la pájara, todas le parecen piezas cobrables.

Para los profanos, un cazador en el puesto es una visión.

Para el cazador, aquel puesto es un puesto de honor que no cambiaría por un puesto oficial.

Si es joven y enamorado, aprovecha aquella soledad y aquella quietud para pensar en ella, en su amada, ó en ellas, es decir, en la perdiz y en la novia.

Un idilio.

Si es casado y le avisan en tan críticos momentos de que su esposa le ha dado á la estampa un niño, entre el chico seguro y el pájaro dudoso, optará por el segundo, si es buen aficionado.

Verdad es que las primeras veces que ocupa «un puesto», al desdoblarse y ponerse en pie siente tales agujetas, que le obligan á «guardar cama», como dicen las gentes, por más que yo creo que sería mejor decir «guardarse en cama.»

Pero y lo que se ha divertido, no merece unas agujetas?

Suele suceder que alguno de esos neófitos en el arte, se dispara y agujerea con una perdigonada la cazadora de cualquier compañero de los que ocupan la primera paralela.

Pero algo se ha de tolerar por divertirse.

Ello es,—me decía uno de esos cazadores de afición, para quienes el verdadero estado del hombre es el primitivo,—que no hay conejo tan sabroso como el que caza uno mismo.

«Cuando en las tardes del estío....» ó en las de cualquiera otra estación, el temporal impide la lidia, digo, obliga al cazador á pasar el día encerrado en la posada ó en la caseta del guarda, pasa sus horas el contrariado ciudadano rodeado por sus pájaros y en íntimo coloquio.

—¿Qué día tan triste! ¿verdad?—pregunta á uno.—¿Qué dices tú, el mejor de los pájaros en activo?—interroga á otro.—¿Cuánta violencia oscilará el veros aquí, entre cuatro paredes y sin vistas al campo! Pero también estoy yo entre vosotros para endulzar en lo posible vuestras horas de encierro y oscuridad.

Para el cazador auténtico, es decir, de buena raza, no hay obstáculos ni en la edad ni en las enfermedades.

En el ejercicio de la caza no hay inútiles ni jubilados.

He visto á un general paralítico de cintura para abajo, y no perdía temporada.

Le sacaba un criado en una carretilla.

—Parece que me conocen—decía viendo pasar las horas sin matar un gorrión.—Viejo é inválido, saben que soy una de vuestras primeras escopetas: esto cunde entre ellos y me temen.

El criado y los amigos del general apoyaban su parecer.

—Los pájaros adelantan más que nosotros, general—le decía un compañero de batida.

—Todo adelanta, menos yo, que siempre estoy en la fuerza de mi vida.

—En lo mejor, es claro: á los setenta años.

El ejercicio de la pesca no cuenta con tantos apasionados.

Pero también «les hay.»

Recuerdo un hecho que demuestra la existencia de pescadores desalmados.

Trataba á una señora mayor aficionada á peces, pero en el buen sentido de la palabra.

Su difunto, porque era viuda, fué en sus tiempos entusiasta por la pesca con caña.

Tenía ella puestos sus ojos y sus sentidos en unos cuantos peces de colores, que conservaba en una pecera de tamaño sobrenatural.

Los mudaba el agua ella misma, y les arrojaba miguitas de pan mojadas en chocolate sin canela, para que no les irritara.

Pero no vive más el leal de lo que quiere el traidor.

Unos vecinos del ramo de huéspedes turbulentos, que habitaban en el piso inmediatamente superior al de la dueña y madre «morganática» de los peces, observaron que ésta dejaba la pecera en el balcón, y con arte y un hilo, con un cebo y anzuelo al remate, lograron extraer y mudar de piso á los inocentes bañistas.

Pocas horas después de advertir la falta de los peces, sucumbía la madre al dolor de la pérdida.

EDUARDO DE PALACIO.

BALADA

(DE VÍCTOR HUGO)

Ya brilla la aurora, fantástica, incierta,
velada en su manto de rico tisú.
¿Por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta?
¿Por qué cuando el alba las flores despierta
durmiendo estás tú?

Llamando á tu puerta, diciendo está el día:
—Yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor.
El ave te dice:—Yo soy la armonía.
Y yo, suspirando, te digo:—¡Alma mía,
yo soy el amor!

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Cuatro retratos.— En primera plana publicamos los de cuatro personajes á quienes la desgracia y la muerte han dado triste resonancia estos días.

Guy de Maupassant, que figura como novelista al nivel de los más eminentes de Francia, ha perdido la razón y ha sido conducido desde Niza á París entre dos loqueros. Los esfuerzos de la inteligencia por crear obras de arte han acabado con esa inteligencia misma, realizando el más trágico desenlace que el autor pudo idear para sus novelas.

El segundo retrato es del actual Kediye de Egipto, Abbas Bey, del que ya nos hemos ocupado en el artículo El Jetif de Egipto de nuestro número anterior, y al cual remitimos á nuestros lectores.

El tercero de los retratos que insertamos es el de D. Luis Alfonso, notable y antiguo periodista madrileño, crítico de artes y literatura del acreditado periódico *La Epoca*, y autor de varias novelas muy celebradas del público. Ha muerto joven, y cuando todavía su ingenio podía producir hermosas obras que hubieran sido gloria de su nombre y de la literatura patria.

El último pertenece al malogrado Duque de Clarence, hijo del Príncipe de Gales y nieto de S. G. M. la Reina Victoria. Muerto á los veintisiete años, en vísperas de contraer matrimonio y teniendo el más brillante porvenir que pueden soñar las grandezas de la tierra, ha bajado á la tumba llenando de duelo al pueblo inglés, que le amaba, y á cuantos le trataron y conocieron en vida.

Llegada de Colón al convento de la Rábida en 1486, donde pide pan y agua para su hijo.— A la caída de una calurosa tarde del estío de 1486, y á lo largo del camino de Huelva, avanzaban lentamente un niño y un hombre de humilde apariencia; aquél, con el rostro juvenil de los primeros años de la vida; el segundo, aunque no de mucha edad, con la faz ajada y entristecida más por los infortunios que por el tiempo.

Ambos iban rendidos por el cansancio de un día de jornada á pie, sofocados por el calor y el polvo de la carretera, jadeantes, muertos de sed... y acaso hambrientos.

Al fin, en uno de los extremos del horizonte, sobre una pequeña eminencia, descubrieron los contornos de un vasto edificio que, por su configuración y remate, declaraba ser un monasterio.

Era, en efecto, el convento de Santa María de la Rábida, y allí se encaminaron los dos viajeros con la esperanza de encontrar el reposo y sustento que tanto necesitaban.

Apenas llegaron á sus umbrales, el hombre, con vigoroso ademán, llamó á la puerta; y cuando la hubieron abierto, prorumpió con voz firme, dirigiéndose á la persona que había salido á recibirles:

—¿Haría vuestra merced el favor de un poco de pan y agua para este niño?

La acogida que los del monasterio hicieron á sus huéspedes fué, aunque modesta, digna de la caridad de los santos varones que allí residían; y Cristóbal Colón, que acababa de abandonar á Portugal triste y desesperanzado, encontró en la Rábida, no solamente el pedazo de pan y el agua que demandaba para su hijo Diego, sino también en el Padre Fray Juan Pérez de Marchena una inteligencia capaz de comprender los gigantes proyectos que bullían en la mente del marino genovés y auxilio y protección para llegar á realizarlos.

El momento de la llegada de Cristóbal Colón con su hijo al monasterio de la Rábida es el asunto elegido por el artista para componer y trazar uno de los cuadros más hermosos del arte moderno, tanto por su sencillez como por la poesía y sentimiento con que está ejecutado, y del cual publicamos una preciosa fototipia del Sr. Laurent.

Como habrán visto nuestros lectores, ignoramos quién haya sido el autor de tan excelente cuadro, pudiendo solamente decir respecto á este punto, que este cuadro, en unión de otros,

le regaló el Sr. Duque de Montpensier al convento de la Rábida en memoria del inmortal Colón.

Estudio de cabezas.— Las que ofrecemos en nuestro número de hoy son dignas de llamar la atención de los aficionados é inteligentes en estas materias.

El arte de la pintura y del dibujo es difícil y complicado; sería cosa baladí si únicamente se tratase de copiar por líneas el contorno de las figuras; pero darles vida, animar lo inanimado con el lápiz ó el pincel, y expresar con ellos sentimientos y pasiones, ideas é instintos de los seres vivos, ó bien reflejar la majestuosa tranquilidad ó actividad imponente de la naturaleza, es don de muy pocos y que sólo poseen los que tienen alma de artista ó la inspiración del genio.

A éstos pertenece S. Fernández, autor de tan notable cuadro como es estudio de cabezas.

En el Rif: Fantasía morisca, ó la fiesta de la pólvora.— Junto al moro indolente y soñador que pasa su inútil vida, no cruzado de brazos como en España decimos, sino cruzado de piernas, indiferente á todo cuanto le rodea, cual si fuese una escultura de carne, existe en Marruecos el tipo del *moro rifeño*, ser de temperamento nervioso, de ánimo inquieto, de corta inteligencia y de imaginación exaltada.

Mucho más que á su aduar, aun más que á los suyos, este hombre inquieto y extraño ama en el mundo á su caballo y su espingarda.

No conoce más juegos que los que simulan encuentros, sorpresas y combates: la fiesta de la pólvora es, entre los moros rifeños, la fiesta por excelencia.

Montados en sus corceles, con su arma favorita en los brazos y bien provistos de municiones, avanzan primero en apiñado grupo hasta que, al eco de un estridente grito, se extienden en forma de abanico, galopan de frente, vuelven á la derecha, tuercen luego á la izquierda describiendo círculos y espirales en un limitado espacio de terreno, á la vez que, sin cesar de galopar, disparan sus armas de fuego, las arrojan al aire, vuelvenlas á coger para cargarlas y dispararlas de nuevo, sin que cesen en este trajín, que se prolonga en ocasiones hasta más de una hora.

Al moro rifeño gústale con frecuencia emprender locas aventuras, no siendo las menos frecuentes aquellas que han dado margen á nuestras reclamaciones diplomáticas por sus ataques á las plazas fuertes de las posesiones españolas de Africa.

En estos últimos días, los moros rifeños han desempeñado un importante papel en las agitaciones y motines ocurridos en Tánger, contra cuyo Gobernador se sublevaron amenazando hasta la autoridad del Sultán, quien se ha visto precisado á relevarle de su puesto.

El notable cuadro que anteriormente hemos descrito es debido al celebrado pincel de E. Esteban.

Madrid: Vista instantánea de la Puerta del Sol.— Una ciudad es un organismo en el que más ostensiblemente se manifiesta su sistema bascular, por el que circulan inmensas multitudes.

Desde este punto de vista considerado, Madrid es un organismo de recios músculos, plétóricos de sangre, siendo la Puerta del Sol el centro de su sistema circulatorio, el corazón de la ciudad, de donde parten como grandes arterias las calles de Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Carretas, Mayor, Arenal, Preciados y de la Montera; las otras calles son vesículas insignificantes en comparación de aquéllas.

Pasma y maravilla la gran capacidad de este centro de la población, en el cual caben holgadamente una fuente monumental, que según la gráfica expresión de un popular novelista, es un río en pie; «catorce tranvías» (¡nada menos!) los de Chamberí, Cuatro Caminos, barrio de Salamanca, Hipodromo, Las Ventas, Noviciado, Plaza de Quevedo, Pacifico, Plaza de la Cebada, Moncloa, los Carabancheles, Leganés, Pozas y Argüelles; ítem más, diferentes empresas de ómnibus que hacen servicio á puntos distintos de la ciudad; otrosí, multitud de coches de punto, amén de la infinidad de carruajes particulares que cruzan la Puerta del Sol á todas las horas del día y de la noche, y millares de almas que van y vienen en todas direcciones.

Todo esto sin contar los vendedores ambulantes, desde el que vende en una bandeja de latón *palillos de enebro para la dentadura*, hasta los que llevan en una enorme cesta de mimbrés todo un bazar de quincalla ó una numerosa librería.

Desde el punto de vista social, para el que sabe ver, la Puerta del Sol tiene un carácter asaz especial y pintoresco; aparte de las gentes que la cruzan para ir á sus negocios ó ocupaciones, cada acera tiene un aspecto propio: en la que se extiende desde la calle de Preciados á la de Alcalá, ocupanla los vagos de profesión, los aburridos de todo, los convalecientes y los octogenarios, por ser esta parte la más abrigada de los fríos vientos del Norte y donde el sol deja caer sus templados rayos en el invierno; frente al café *Imperial* suele cirtarse siempre la gente forastera y de paso por la capital; *la bola verde*, comprendida entre la calle de Espoz y Mina y Carretas, es la acera de los trapicheos y de los líos; los cesantes y pretendientes á puestos oficiales de menor cuantía se instalan frente al ministerio de la Gobernación; y la gente de Bolsa y de negocios frecuenta el espacio comprendido entre la calle de Correos y Mayor.

En días de manifestación popular, ó de comitivas oficiales, la Puerta del Sol es un océano de carne humana, con su crepido oleaje, mareas... y mareas, y el imponente rumor que se eleva de toda gran muchedumbre hasta en sus instantes de calma y de silencio.

Aunque brevemente, creemos haber dado una idea muy aproximada de este espacioso centro de la capital de España que nuestros lectores podrán apreciar más detalladamente en la fotografía instantánea del Sr. Laurent que lo representa.

CICERONE.

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13 —Teléfono 651.